

Los límites del fomento a la lectura

Leonardo Martínez Carrizales

Una de las orientaciones sustantivas de la política cultural del gobierno mexicano apunta hacia el fomento del hábito de la lectura. Hay quienes proyectan una enorme biblioteca en la ciudad de México como monumento que recuerde a todos el compromiso de este gobierno con los libros. En este sentido, en octubre pasado, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes difundió la asistencia de la señora Sari Bermúdez a la inauguración de la nueva biblioteca de Alejandría: un inmenso, asombroso edificio levantado para honrar el legendario repositorio que guardara, como capital de base, los restos del riquísimo acervo documental constituido por Aristóteles y sus discípulos.

El boletín de prensa que difundió el viaje alejandrino de la señora Bermúdez sugiere, por asociación de ideas, que México también merece un monumento arquitectónico similar al egipcio consagrado al acto de leer. Ya se sabe que la mentalidad de los gobernantes prefiere los datos concretos de la realidad para sustentar sus iniciativas; así, el fomento de la lectura alcanzaría su mejor expresión en una vasta obra arquitectónica.

La preocupación del gobierno por hacer de cada mexicano un lector no me parece mal. Por el contrario, me parece una actitud ilustrada que da continuidad a ciertas empresas que el Estado mexicano ha patrocinado en beneficio de la educación de los ciudadanos desde los primeros instantes de la vida independiente de la nación. En cambio, me aflige la rudeza con la cual se manifiesta esta preocupación social. Sospecho que los responsables de articular los programas gubernamentales de apoyo a la lectura no han considerado pacientemente el objeto de sus responsabilidades. La mera insinuación de la nueva biblioteca de Alejandría como ejemplo a seguir por parte de los mexicanos acusa la precariedad del discurso gubernamental en favor de la lectura.

En alguna conversación confiada a la imprenta, el historiador Roger Chartier señaló que el interés creciente de los investigadores universitarios por el estudio de las prácticas de lectura en Occidente evidenciaba, entre otras cosas, el problemático estatuto que nuestras

sociedades confieren actualmente a los libros y a la lectura. El rápido y sólido prestigio que la lectura ha cobrado en los últimos años como objeto de estudio de historiadores, sociólogos y filólogos habla del rezago de esta práctica respecto de nuestros hábitos regulares en términos de educación y cultura. Las cada vez más frecuentes lamentaciones de escritores, editores y profesores por la exigua lectura que los mexicanos practican enmascara la frustración que estos sujetos sociales padecen por haber sido desplazados del centro de los intereses públicos. Nos guste o no, la cultura letrada que hemos ejercido por 25 siglos ha llegado a su fin. La crisis del libro, el soporte material más reciente de esta cultura, no hace sino subrayar dramáticamente el fin de un periodo que, por mucho, supera a este objeto. Así, no me refiero a los soportes materiales en que se difunden las obras de la imaginación y la inteligencia de los hombres, sino al mundo espiritual que se desencadena por el uso de tales soportes. Y aquí nos encontramos con la lectura. Al menos la lectura que practicó Aristóteles, devoto coleccionista de los testimonios textuales de las obras que estudiaba; y, en adelante, todos, hasta llegar a nosotros, que conversamos silenciosamente reflejados en este papel que tú, lector, tienes entre tus manos.

Todos nosotros hemos practicado la lectura apoyados en un mundo espiritual que suponía, por ejemplo, el aprecio de las obras en las cuales advertimos algún grado

de originalidad; el cuidado por preservar, estudiar y difundir el texto de esas obras; el orgullo y el prestigio que el conocimiento de esas obras confiere; la manutención de los sitios y los profesionales que hacen posible la enseñanza de esas obras, etc. En apenas unos cuantos decenios, los fundamentos de ese mundo espiritual se han venido abajo; en consecuencia, la lectura, lo que acostumbrábamos llamar lectura, se ha convertido en una experiencia deparada sólo a unos cuantos, cada vez menos. La crisis de la lectura es condición de un nuevo orden cultural. Con todo y la nueva biblioteca de Alejandría ya nada volverá a ser lo mismo.

Ya hemos regresado a la biblioteca. Veamos cómo esta institución supone un sistema de prácticas y valores sociales que ha dejado de ser el nuestro. Conocemos vagamente los datos concretos que caracterizaron a la biblioteca de Alejandría. En este asunto, muchas afirmaciones son efecto de la conjetura y la mera aproximación. En cambio, conocemos relativamente bien el sistema cultural del que esta institución era el centro. Me refiero al mundo de Teócrito y Aristarco, al mecenazgo de la corte de los Ptolomeo, al nacimiento de los signos diacríticos que hicieron posible la edición crítica, a la crítica textual de las obras griegas, a la constitución del canon alejandrino de poetas líricos... En fin, un mundo de seres humanos sensibles y educados que se organizaron en torno a pocas pero sólidas convicciones.

Entre esas convicciones cabe señalar, en primer lugar, la confianza ciega del hombre en el texto escrito; en seguida, el respeto y la admiración por el pequeño repertorio de los grandes nombres de la cultura griega. Y la lectura como una argamasa que afirma los cimientos de este edificio. Así, la biblioteca no era sino una extensión de la labor filológica, crítica y documental de estos hijos inteligentes de Alejandría. Lo que la memoria de Occi-

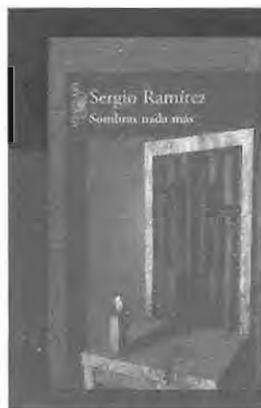
dente veneró en la nebulosa imagen de la biblioteca de Alejandría fue esta devoción por la inteligencia y la sensibilidad de los hombres depositada en manuscritos. La biblioteca fue un símbolo del humanismo occidental y no un proyecto arquitectónico.

Hoy, el orden de la cultura ya no gira en torno a un repertorio de obras constante y unánimemente celebrado; los profesores universitarios desconfían de los “grandes

libros” y los someten a la prueba de ácidos destructores que nos demuestran que sus páginas quieren decir todo y nada a la vez; el texto escrito vacila y se disuelve en las rutas electrónicas de la información; nadie tiene tiempo de volver dos y tres y más veces al mismo texto.

La celebración de la nueva biblioteca de Alejandría, como la historia de la lectura, es una forma que adopta la nostalgia por un orden perdido. La divisa del fomento a la lectura también sería una trampa de la nostalgia si el entusiasmo gubernamental no hiciera de este programa un acto de ingenuidad y de ignorancia. ❖

Lo que la memoria de Occidente veneró en la nebulosa imagen de la biblioteca de Alejandría fue esta devoción por la inteligencia y la sensibilidad de los hombres depositada en manuscritos. La biblioteca fue un símbolo del humanismo occidental y no un proyecto arquitectónico.



Sergio Ramírez
Sombras nada más
Alfaguara, México, 2002, 419 págs.
Las minucias, errores, abusos, injusticias, se entierran en el olvido cuando hay acontecimientos tan variados y vertiginosos como los que ocurren en una revolución. En esta novela el autor coloca al lector ante ese salto y le da elementos para juzgarlo.



Thomas Fink y Wong Mao
Las 85 maneras de anudarse la corbata. Ciencia y estética del nudo
Debate, España, 2002.
Hasta 1900 no había más que una. En los 30, el Príncipe de Gales incorporó dos más, y hasta 1989 no se identificó la cuarta: 150 años después de su invención, no se conocían más que cuatro maneras de anudarse la corbata.